

Manzanas traigo

¿Tú has visto alguna vez a tu hermano tirarse por un puente? Yo al mío, sí. Jajajaja. No, en serio, es verdad. Es una risa nerviosa. Jaja. Es horrible, sí. Me pongo nerviosa y me da la risa en los momentos más inoportunos y la gente me juzga y me mira mal. Me empeño en decir que me da igual lo que piensen de mí, pero es mentira.

Lo de mi hermano sí es cierto. Y todo viene de la obsesión que tiene con las manzanas. Bueno, y con lo otro, con lo suyo, ya sabes, no hace falta que te diga más, que a buen entendedor pocas palabras bastan y quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija y de dónde vienes, manzanas traigo.

Mi madre nos obligaba a comer una manzana cada día. Cuando éramos pequeños, me refiero. Las odiábamos. A las manzanas, a mi madre y a mi abuela, que es la que enseñó a mi madre los beneficios de esa fruta.

Con los años yo dejé de comer manzanas, pero mi hermano se obsesionó con ellas. Y con los porros, pero todo a la vez, comía y fumaba, comía y fumaba, comía... Bueno, tú ya me entiendes, que ya sabes lo de mi hermano, pobre... Yo lo visito a diario y siempre le llevo una manzana, una de esas que son verdes pero tienen un ligero toque rojo, como los mofletes de la protagonista de los dibujos esos que veíamos de pequeños. ¿Cómo se llamaba? Da igual.

Le llevo una cada día porque sé que si le llevo más se las va a comer todas de golpe y no sé si será bueno. Para mi bolsillo, digo. Además, así consigo que la valore de verdad. Cada manzana es un tesoro y la cuida más, más... Que a sí mismo, desde luego. Pobre... Es por lo suyo, no se cuida nada, ojalá se preocupara tanto por su bienestar como por las manzanas. He llegado a odiarlas tanto por saberlas siempre por delante de mi hermano.

Y el día este que te digo iba mi hermano andando por la calle con la manzana en la mano, cogida con tanta fuerza, tan apretujada entre sus dedos, que empezó a prensarla. ¿Sabes a lo que me refiero? Que mi novio dice que a

veces utilizo palabras raras y no se me entiende, pero la culpa es suya que no lee y apenas tiene vocabulario.

El caso es que tanto la aplastaba, que la fruta empezó a soltar un poco de líquido justo cuando mi hermano pasaba por el puente de la Virgen. Que está muy bien lo de los puentes para cruzar los ríos, pero a mí me recuerdan a cuando tuve esas heridas en los brazos -¿te acuerdas?-, y mi madre me colocaba tiritas una detrás de otra, una detrás de otra, ristras de tiritas que me cubrían el brazo al completo. Y yo imaginaba a las bacterias esas microscópicas pasando de un lado a otro de mi brazo sin parar, con urgencia, nerviosas. Entiendes el símil, ¿no? Que tú estás leída, como yo.

Mi hermano cruzaba el puente, el de la Virgen, te decía, el más estrecho, ya sabes, y justo ahí decidió llevarse la manzana a la boca, saltando la fruta de su mano antes de llegar la boca. Que se resbaló, ¿sabes? Todo con tan mala fortuna que salió disparada hacia el río. Y mi hermano, que ya te digo que está muy obsesionado con las manzanas, pero mucho, mucho, no dudó ni un instante y se tiró detrás para cogerla. Lo que hubiera hecho un padre con un hijo.

Suerte que puente abajo cae una enredadera, te habrás dado cuenta, y mi hermano se agarró con fuerza, porque la lucidez es como la margarita silvestre, que florece cuando y donde menos te lo esperas.

Y justo en ese momento es cuando pasé yo y lo vi caerse. Y una señora que también pasaba por allí llamó a la Policía y vinieron también los bomberos, y un montón de cotillas. Y empezaron a decir que mi hermano se había tirado aposta, que se quería suicidar. Y no, ya te digo yo que no, que mi hermano solo se quería comer una manzana. Y la culpa la tiene mi madre, que nos obligaba a comernos una manzana al día y mi hermano se obsesionó. Por lo suyo y tal, tú ya me entiendes.

Oye, y a ti, ¿te gustan las manzanas?